

Índice

Introducción	13
El desafío de pensar	17
Un pensamiento afirmativo	21
Pragmatismo mal entendido	25
Necesidades	29
La educación como gobierno	33
Acuerdos necesarios	37
Ignorar el conocimiento	41
Singulares y plurales	45
Argumentar es más que opinar	49
La gente y el público	53
La necesidad de enseñar	57
El cuidado de las palabras	61
En condiciones de igualdad	65
Una sociedad de solitarios	69
«Nos viene con ideas»	73
Evaluación y valoración	77
Días de austeridad	81
Callar y acallar	85

Pertrechados con convicciones	89
Constancia e insistencia	93
Desde niños	97
Detalles decisivos	101
Las otras primaveras	105
Con humanidad	111
Nuestras relaciones de poder	115
Una buena conversación	119
Profesionales con oficio	123
Sencillamente mejor	127
El ocio imprescindible	131
Nuestros mayores	135
Temor a las relaciones	139
Trastornos de la mirada	143
Carta de ajuste	147
Peritos en desanimar	151
La vida diaria	155
Más que una profesión	159
Nos ocurre con el libro	163
La tarea de <i>desdisciplinar</i>	167
Nada de resignación	171
Signos de puntuación	175
Armoniosamente	181
Explicaciones sin comprensión	185
El afán de escribir	189
Hoy, por ejemplo	193
Un modo de proceder	199
Estacionados	205
Pruebas finales	209
Es la relación	213
Mientras dormimos	217
Más pobre, más extranjero	221
El detector	225
El valor de escuchar	229

Las venturas de investigar	233
Las inútiles	237
Tanto que hacer	241
Dígame, díganos	245
Un aire común	249
En calma	253
Con cuidado	257
Entre amigos	261
Las oportunidades efectivas	265
Lo llamado normal	269
Alicientes	273
En la puerta de al lado	277
No da lo mismo	281
Otro tiempo	285
Paternalismo infecundo	289
Da que pensar	293
La sensibilidad en suspenso	297
A escena	301
Bajo sospecha	305
Cuerpo culto	309
Niños aún más cerca	313
Los límites de entender	317
Dolor físico	321
Otra entrega	325
Seguramente	329
En blanco	333
Por las orillas	337
Retornar sin retroceder	341
Hablar lo mismo	347
Seleccionar	351
En vilo	355
Con este libro	359
Descansados	363
Sin discurso	367

A las aulas	375
Dejar pasar el rato	381
Los buenos y los malos	385
Seres horizonte	389
Saber vincular	393
Ensimismados	397
El legado	401
Luchar por algo	405
Apariencias	409
Aforismos	413
Plácidamente	417
La rabiosa actualidad	421
La amabilidad por venir	427
Marcar derroteros	431
Sufrimiento	437
Encontrados	441
Muy divertido	445
Cosas	449
En común	453
Reposo y movimiento	457
Entre objetos	461
Sin claudicaciones	465
Acumular	469
A ratos	473
Con talento	479
Una singular recuperación	483
El riesgo de mirar	487
Insatisfacción	491
Lo mejorable	495
Una pausa	499
Lo inhóspito	503
Renacer	507
Sueños necesarios	511
Aprender en casa	515

Fuerza inesperada	519
Razón suficiente	523
La buena pinta	527
Está claro	531
Nuestros rincones	535
La destrucción	539
Con épica y con lírica	543
Otros alicientes	547
Universitariamente	551
Distinguirse	557
Fugas diversas	561
Decir poético	565
Entregarse	571
Formas de especular	575
No tener que ver	581
A solas	585
Inquietante	591
Vulnerabilidad	595
Más intensidad	599
Sobrevolar	603
Saber y conocer	607
Pulcritud	611
Paradójico	615
Difícil	619
Lo incomunicable	625
Afectados	629
Clases de riesgo	633
Vidas silenciosas	639
Escribir a mano	643
Para tiempos mejores	649
Simpáticamente	653
Iba a ser	657
Estar en otra cosa	661
Peculiares y comunes	665

Enredados	669
Pasivos	673
Suerte	677
Lo improbable	681
Embridar	685
Dignamente	689
Lo que no ocurre	693
Con sentido del humor	699
Todos únicos	703
La espera y la despedida	707
No es tan sencillo	711
Saber encontrarse	715
Con perspectiva	719
De música	723
El mejor y lo mejor	727
De uno mismo	733

Introducción

Pensar no es un añadido más o menos exótico especialmente interesante para quienes no tienen otras ocupaciones. Es tan determinante para vivir en un horizonte de libertad y tan constitutivo que, en cierto modo, nos jugamos en ello no sólo lo que hacemos, sino quiénes somos.

Ahora bien, no cabe pensar al margen de los tiempos difíciles, complejos y convulsos en los que nos encontramos y que conforman cuanto nos llama a responder. No sólo inciden, son decisivos. Y hemos de intervenir, de participar, de transformar. Siquiera para generar condiciones de posibilidad. Cuanto en este libro se ofrece se inscribe con insistencia hasta la reiteración si fuera preciso en semejante situación. Que se persiga la sencillez no supone ignorar esta complejidad que se corresponde con la de lo que hay, con la de lo que ocurre.

Necesitamos palabras capaces de motivar, de mover, y en espacios compartidos y de comunicación. Y no es que uno escriba porque ya las posee y pretenda, sin más, transmitir las. También se trata de ver hasta qué punto somos capaces de decir puestos en el riesgo público de llegar a pensarlo. No pocas veces falta consideración para con el lenguaje y todos hemos

de velar por su cuidado, por la búsqueda de palabras ajustadas. Juntos nos sentimos convocados a esta tarea, con la convicción de que desatenderla debilita los conceptos y malversa lo que vivimos. Ella nos acompaña hasta el extremo de llamarnos a ser medidos y ponderados, con la voluntad de hacer crecer, de impulsar, de promover y de estimular, que forman parte de la labor imprescindible de decir.

Se trata, en efecto, de hacer, pero pensar es a su vez una teoría de lo que hacemos, del mismo modo que una relación con nuestro obrar, con nuestra existencia. El libro no deja de ser la propuesta de una serie de ejercicios de pensamiento que, a la par, propician la acción. En esta dirección los textos nos inducen a dar el salto.

El cuidado y el cultivo de uno mismo, de los otros y de la ciudad otorga una dimensión social, política y pública a lo que precisamente por eso no deja de ser una labor singular, personal, insustituible e irremplazable. Y ello no se reduce a la mera entrega a lo individual o a la desconsideración para cuanto no ratifique lo que ya hacemos o pensamos. También precisamos otros planteamientos y diferentes desplazamientos. No siempre estamos satisfechos ni con lo que hacemos ni con lo que sucede.

Los textos que conforman este libro se han venido desgranando uno a uno, poco a poco, sorbo a sorbo, trago a trago, y son ocasión y vicisitud, y a ella responden. Sin embargo, no se limitan a las peripecias de la mera actualidad, aunque la tengan bien en cuenta. No se rigen por el afán inmediato de lo más noticioso, ni tratan de ser la crónica cotidiana de algo pasado. En todo caso se vinculan a los avatares de nuestra existencia y buscan responder a nuestro presente, no pocas veces borrado precisamente por la actualidad. En este sentido son textos incidentales, pero no simplemente coyunturales. Se encuentran y fecundan así como libro, donde se entrelazan internamente avanzando en espiral y dándonos fuerzas y razones para proseguir, no sólo para recordar, sino para revivir.

El salto del ángel se ofrece como aliento y compañía, como aliciente y como acicate, pero no para adoctrinar, antes al contrario para que cada quien incida en la elaboración ajustada que hace de su propia trayectoria. Entre otras razones porque todos lo necesitamos, nos necesitamos, para crecer juntos, para no dejar de recrearnos y de nacer.

Este cultivo, que es cultura y que es educación, que vertebran todo el libro, se nutre de la sensibilidad, de la sensualidad y del afecto de los conceptos. Una vez más se trata de que cada quien tome y reescriba con la fantástica posibilidad del proceder de su propia lectura, del ejercicio y de la acción de leer, aquello que configure su propio pensamiento. No hay, por tanto, una trayectoria lineal, ni un itinerario prefijado. Sólo una invitación, la de acompañar el brotar de las palabras y generar un pensamiento fecundo.

Las convicciones son más insistentes que las obsesiones y reaparecen como principios y valores que destellan una y otra vez, en diversas ocasiones. Emergen con más persistencia que cualquier estribillo y van requiriendo la necesidad de algunas decisiones, de ciertas preferencias, de una elección, de un atrevimiento, de un salto. Desde sí hacia sí mismo, o lejos quizá de quien uno ya es. Sin ensimismamiento, con entrega a cuanto ocurre, es cuestión de responder al desafío de aquello que resulta más vulnerable e insostenible para la paciencia y para la justicia.

En esta ocasión, el alcance y el sentido de las palabras del libro se sostienen en el gesto de agradecimiento y de reconocimiento a quienes con su lectura, con su comentario, con su crítica, con sus aportaciones y nuevos textos, en definitiva, con su pensamiento vivo han hecho de estos escritos algo abierto y común. Este espacio de comunicación ha confirmado la viabilidad de que comprender no se reduce a entender, ni a ratificar en todo caso lo ya dicho, pero tampoco a desconsiderar o descalificar la palabra del otro. Esta forma de oír, de escuchar,

esta hospitalidad para con el decir ajeno ha propiciado que no nos encontremos ante un simple conjunto de aserciones. De este modo, los textos retornan como si nunca uno mismo hubiera sido capaz de lograrlo. La acción de la lectura los ha hecho y los hace saberse siempre en una atractiva intemperie.

El desafío de pensar

La imagen de *Il Tuffatore*, quien se zambulle dando un salto desde los confines del mundo supuestamente conocido, a partir de las columnas del templo de Hércules, hacia las ignotas aguas del mar abierto, a lo no ya definido, nos lanza, quizá, a otras posibilidades de vida. Las buscamos.

En la frontera de la Magna Grecia y el mundo etrusco-campano, en Paestum, en un fresco de una de las tumbas, se encuentra *Il Tuffatore*, el nadador que se arroja a la mar (475 a C) y nos convoca con su audacia a ensanchar los límites de lo posible. La imagen ha sido históricamente reproducida, recreada una y otra vez en las escuelas de dibujo, de bellas artes, en las academias y en los deseos de quienes precisamos algo diferente.

Il Tuffatore me acompaña como un desafío y un estímulo, en la pantalla de mi ordenador, en la pared de mi despacho o de la terraza de casa. Ha estado a la vista en mis lugares de trabajo y, si resulto convencional, reconozco que sin esta advocación pagana sería aún peor. Nos llama al reto y al coraje de vivir y de pensar, para responder, para arriesgar, para afron-

tar el peligro que siempre reclama otras experiencias y que hemos de evitar que nos impida la acción. El miedo es el gran elemento paralizador.

¡ATRÉVETE A SABER!

Sapere aude! Es más que una exclamación ilustrada. Es un grito que de la mano de Kant nos convoca a valernos de nuestro pensamiento, de la propia razón, para no vivir sometidos al dictado de otros, para conocer los propios límites. Y, añadamos, para sobrevivir, y aún más que eso, en un contexto de verdaderoaburrimento ontológico, donde parece que da igual lo que pensamos, porque pensemos lo que pensemos, ocurre lo mismo. Pero es un grito a la par, Foucault nos lo recuerda, que no es una simple vociferación, es una acción de pensamiento, es un atrevernos a pensar que nos llama a preguntarnos por nosotros mismos y por nuestro propio presente.» «¿Quiénes somos en este preciso momento de la historia?».

EL SALTO DEL ÁNGEL

En el estado Bolívar, en Venezuela, se encuentra este salto donde el agua se precipita desde casi mil metros de altura, con contundencia y con elegancia. Sobrevolado por el aviador Jimmy Angel, que prácticamente clavó en él su avioneta sin perecer, recibe su nombre de esta audacia a la que corresponde con su belleza. Se conjuga así el salto de quien se arroja con los brazos abiertos en un espacio asimismo bello y peligroso, como cuando en un gesto límite, física y literalmente asfixiado, Deleuze buscó otro aire que respirar.

La articulación del «¡atrévete a saber!» con «Il Tuffatore» y con el Salto del Ángel inspiran la labor que nos llama, la del

pensamiento y la creación de nuevas posibilidades de vida en un contexto que parece clausurado, inexorable, finiquitado, abocado a caminos ya trillados y cerrados. Y una tarea, la de no quedar enredados en quejas y excusas, en lamentos de brocha gorda, como único modo de respuesta, como coartada para la mera réplica de lo existente. Pero esta tarea del pensar, que ha de ser una acción conjunta, nutrida de innumerables trabajos solitarios, nos exige tener cuidado, es decir, hemos de cuidarnos, de cultivarnos. Si Gadamer insiste en que «la educación es educarse», hay mucho que hacer en este salto del Ángel. Y no precisamente solos.

Un pensamiento afirmativo

Considero atractivos a quienes se implican, se involucran, se comprometen. Y en este tiempo complejo y difícil son singularmente necesarios. Me gustan menos si consideran que hay un único modo de hacerlo y que, por tanto, ellos y sólo ellos se entregan de verdad. Expiden certificados de compromiso. Y los demás, todos nosotros supongo, somos cuitados, convencionales o, en el peor de los casos, claros colaboradores de la desastrosa situación.

Merecen nuestro reconocimiento quienes sostienen un pensamiento afirmativo. Porque, como hay «conseguidores», tampoco faltan los «impedidores»: todo está mal, no hay nada que hacer, no merece la pena, es igual, nadie vale, cualquier acción es insuficiente o, dicho de otra forma, sí hay un modo estupendo de ser, el suyo. En mi suerte, en todo caso, más bien me he encontrado con personas activas y constructivas.

Afirmativo no quiere decir resignado, ni sumiso. Afirmativo no significa carente de espíritu crítico, de valor para la impugnación. Y ni siquiera supone que siempre tengamos propuestas mejores o alternativas. Sí exige que las busquemos, que

tratemos de proponerlas, incluso para replantear toda la situación. Aunque por supuesto con otro alcance, nuestro profesor Kant dice que hay cuestiones que la razón no puede apartar pero a las que tampoco puede contestar.

Hay quienes informan, argumentan, ofrecen buenas razones, buscan, dilucidan, conversan, convocan. Y la verdad es que da gusto estar con ellas, con ellos. Y escucharlos y leerlos. No se alimentan de su resentimiento ni de su envidia, que tanta actividad promueven. Esta gente me parece la más adecuada, la más idónea, la más apta. No se las sabe todas y está dispuesta a decir algo, pero también a dejarse decir. No le falta pasión, pero es sobre todo la de la coherencia y la intensidad, no la del alboroto. Su moderación no es mediocridad. Me interesa.

Recibir a quien va a hablar, incluso antes de que lo haga, resuena simbólicamente en el «sí telefónico» que tantas veces utilizamos al descolgar con un cierto aire interrogativo, para abrirnos a la palabra del otro, de los otros. Semejante sí no asiente a lo ya dicho, pues aún no ha sucedido, pero oxigena y anima a proseguir. El «¿sí, dígame?» crea las condiciones de posibilidad para que nos decidamos y nos predispone a la escucha. Aceptar al que quizá piensa diferente, a quien puede decir otras cosas y de otro modo, reconocer su palabra singular y estar dispuesto a recibirla, es ya una posición afirmativa.

Ser afirmativo implica tomar posición, pero no impide la duda, ni la incertidumbre. Supone ofrecer caminos, abrir puertas, perseguir otras condiciones. Y casi diría que serlo es un elemento clave para ser digno de especial mención. Quien piensa a favor de algo, quien es capaz de hablar bien de alguien, quien construye, quien crea, quien ofrece alternativas, es preferible a quien disfruta desautorizando, descalificando, derruyendo. Moverse contra algo o contra alguien, sin embargo, en ocasiones no deja de ser necesario, y puede hacerse como gesto de afirmación. Pero se trata de algo más.

En todo caso, limitarse a generar desaliento lo encuentro descuidado y desconsiderado. A mi juicio, esto se expresa bien en una palabra que, a decir de Cicerón, es la palabra latina que tiene más fuerza y energía: *ineptus*. «El hombre que no repara en lo que piden la circunstancias o que habla más de lo que debe, o que se vanagloria de sí mismo, o que no se hace cargo ni de la dignidad ni de los intereses de las personas que le rodean, en fin, que es descompuesto y descompasado en modales y palabras, es propiamente un inepto». Más bien me he encontrado otro tipo de gente, pero este pensamiento afirmativo me recuerda que uno mismo nunca está libre de alguna ineptitud. Ojalá disminuya gracias a este espacio.

Pragmatismo mal entendido

Hemos de valorar ser eficientes y eficaces, ser realistas y concretos, atender a la situación y a las circunstancias, valorar la acción, entender que la aplicación y los efectos de lo que hacemos es decisiva, pero no estará mal que no demos demasiado por supuesto en qué consiste todo eso.

Para empezar, conviene que no propugnemos que para serlo hay que dejar de lado el pensamiento, la reflexión, el análisis, las ideas, a decir de algunos una pérdida de tiempo, para ir directamente a lo que importa. «Al grano», dicen. No necesariamente se utiliza esa expresión. Más bien, otras del tipo «seamos concretos», «descendamos a la realidad», «dejémonos de palabras»... Y, desde luego, no hemos de ignorar estos avisos.

Algunos consideran que tal proceder sería garantía de fiabilidad, de no perderse en devaneos, de no refugiarse en las palabras, en definitiva, de autenticidad y de decisión. Y si a ello se añade contundencia y alguna pretendida «naturalidad» en las formas y en las expresiones, todo resulta «más verdadero».

Pues, puestos a sospechar, también sospecho de quienes dicen ir «al grano», no sea que su criterio sea siempre la ren-

tabilidad, y no precisamente la rentabilidad social. En ocasiones, lo disfrazan de «sano sentido común» y lo demás lo consideran «sofisterías» y «ensoñaciones», según palabras de Hegel, quien estima que esos tan «naturales» van contra la razón ilustrada.

Ahora bien, presuponer que lo concreto o la realidad no tienen nada que ver con el pensamiento o con la palabra no deja de ser curioso y causa importantes disparates. Estimar que lo concreto y el concepto no tienen relación entre sí sería desastroso.

Ciertamente, es imprescindible no refugiarse en un sinfín de actividades para desatender los asuntos cotidianos, las venturas y desventuras de la vida, afrontar el hambre, la miseria, el dolor, la pobreza, el sufrimiento y la ignorancia del mundo. Es preciso combatirlos, por supuesto también mediante la cultura y la educación, con la acción que es pensamiento, con el pensamiento que es acción. En esto no ha de haber excusas. Pero, una vez más, ello exige la tarea de pensar.

El propio Hegel se pregunta: «¿Quién piensa abstractamente?». Y en definitiva nos viene a recordar que algunos estiman que si no se habla de peras o de manzanas, no se está diciendo nada concreto. Pero más bien ellas, así, aisladas, separadas, desvinculadas de todo cuanto son y significan, de su maduración, de su necesidad y de su uso, no son en verdad las frutas reales. Al margen del árbol, de la tierra, del paisaje y de cuanto pensamos y decimos, son naturaleza muerta.

Pensar es relacionar, separar y hacer dialogar, vincular, comparar, componer y descomponer, abrir, tener un horizonte de referencia amplio, singular y universal a la par. Por eso es inquietante que no falten quienes estiman que hay que dejar de lado las ideas y los conceptos e ir «a por ello». A veces prescindiendo de importantes valores.

Dejar de lado el pensamiento es violencia, violencia a la realidad, a lo concreto, es violencia sobre los demás. Hegel lla-

ma «terrorismo de la voluntad abstracta» el querer vincular, sin mediación, directamente, la voluntad con la ejecución y dice que tal modo de proceder «acaba cortando cabezas como coles». Y en otros casos esta violencia adopta una nueva forma de dejación. Acuciados por ciertas urgencias y necesidades, permitimos que sólo algunos se ocupen de pensar, como si se tratara de una distracción de tiempo libre. Y es lo que parece que desean que hagamos.

Considerar que sólo lo útil tiene sentido es ignorar la realidad. Ello no impide ser pragmático, pero no se trata de pretender serlo al margen del pensamiento. Y de la palabra. Precisamente, por pragmatismo, por eficiencia, por consideración para con la realidad y lo concreto, es imprescindible pensar y hablar mejor.

Necesidades

Insistimos en que vivimos tiempos singularmente complejos y difíciles. Y digo *singularmente*, porque no son precisamente fáciles para muchos, pero tampoco lo fueron para quienes nos precedieron. Quizá ello explique tanto el desconcierto general como cierta sabia o resabiada serenidad.

¿Qué necesitamos en esta situación? No nos preguntamos ahora por lo que nos apetece, ni siquiera por lo que queremos o deseamos. Estamos hablando de necesidad, de necesidades. Y en esto, también, las situaciones y los planteamientos son muy dispares. Entre las múltiples definiciones de economía que se nos ofrecen, Schumpeter viene a decir que es la ciencia que trata de casar los recursos escasos con las necesidades ilimitadas. Aunque se la ha caracterizado como ciencia sombría, me fijo en esta ocasión en la referencia a «las necesidades ilimitadas».

Bien aprendimos que muchas necesidades se pueden generar y desde luego no habrá modo alguno de afrontarlas si acabamos considerando que son imprescindibles tantas y tantas demandas que hacemos y nos hacemos. Pero no faltan

quienes tienen necesidades decisivas. Y no es una redundancia. Las tienen de verdad y ello ha de ser nuestra prioridad.

Hablamos de austeridad y sin duda es necesaria en todo caso, no sólo en situaciones difíciles. En tiempos de carencia en los que ya no haya apenas nada no vendría muy al caso reivindicarla. No ha de utilizarse, sin embargo, como arma arrojadiza para reclamar de otros lo que no somos capaces de exigirnos ni de ofrecer. Y hay necesidades acuciantes, irrenunciables, decisivas.

No hemos de olvidar, a su vez, otras singulares necesidades, no menos determinantes, las del afecto y la palabra próximos, la de una mano cercana y afable, mano amiga que, se denomine de uno u otro modo, es solidaridad, la de la implicación personal y social. Y la complejidad de la situación no ha de ser una coartada para nuestra insensibilidad.

Es inquietante que en ocasiones se busque acumular tanto y que a la par se descuide la falta también radical, la de alguien cercano para poder afrontar la situación, para poder luchar, para reconocer lo que entre nuestras supuestas necesidades no es una simple obediencia a requerimientos provocados. Alguien que nos acompañe, nos desafíe y nos convoque con otra voz que pueda vincularse a lo que sentimos y precisamos. Dejar solo y aislado a quien tiene necesidad es marginarlo.

De entre las múltiples razones para acercarse a *La cara interna del viento o la novela de Hero y Leandro*, de Milorad Pavić, considerado el Borges serbio, está su modo de enlazar la historia contada por Leandro con la relatada por Hero. La página azul, mar que separa ambas narraciones, las invierte en el abrazo de su encuentro. Ello no impide un desenlace fatal. Dos inicios para recrear el mito clásico de Museo, y una misma necesidad.

No es cuestión simplemente de imaginar ni nuestro destino, ni nuestras necesidades. Es, sobre todo, imprescindible no inventarlas ni dejárnoslas crear indefinidamente. La auste-

ridad es asimismo un elemento de salvaguarda, de elección, de preferencia. Hay diferentes modos de ser austero. Y desde luego no es cosa de dar por sabido ni siquiera lo que uno o la sociedad más necesita. Hemos de cuestionárnoslo una y otra vez. Pavić inicia su texto con lo que a Leandro le decía su padre. «Todos los futuros poseen una gran virtud: la de no ser jamás tal y como te los imaginas». Y también la de, con su desconcierto, afectar al presente.

La educación como gobierno

«SÓCRATES. Todo hombre que no conoce las cosas que están en él, no conocerá tampoco las que pertenecen a otros.

ALCIBÍADES. Eso es verdad.

SÓCRATES. No conociendo las cosas pertenecientes a los demás, no puede conocer las del Estado.

ALCIBÍADES. Es una consecuencia necesaria.

SÓCRATES. ¿Un hombre semejante puede ser alguna vez un buen hombre de Estado?

ALCIBÍADES. No.

(Platón, *Alcibiades*, 131 a-b)

En cierto modo, educarse es gobernarse. Cuando los clásicos grecolatinos hablan del cuidado y del cultivo de uno mismo, están convocando a un modo de educación que afecta a toda la existencia y la constituye. Es el cuidado de uno mismo y de los demás. Y ello exige criticar lo que somos, analizar históricamente los límites que se nos han establecido y examinar su franqueamiento posible. Y aquí aprendemos con Foucault.

Hablamos, y con razón, de las técnicas de dominación, pero no hemos de olvidar las técnicas de constitución de uno mismo, verdaderos procedimientos para hacer que seamos los sujetos que somos. Sujetos en ocasiones bien sujetados.

Para quienes consideramos que la educación no es la simple adquisición de conocimientos y pensamos que es decisiva la transformación de los valores, con los valores, para quienes estimamos que conocimientos, competencias y valores han de ir al unísono, esa transformación exige unas determinadas formas de vida. Éstas se expresan en cada gesto, en cada acción, en cada palabra, en todo nuestro comportamiento y en nuestro deseo. Nos preguntamos, también con razón, sobre cómo aprender, pero no hemos de separar esa cuestión de la de cómo nos constituimos a nosotros mismos como sujetos, hasta llegar a ser artesanos, artífices, de la belleza y dignidad de nuestra propia vida. Se trata de cuidarnos de nuestras conductas y de nuestras relaciones con nosotros mismos y con los otros hasta procurar una auténtica recreación.

Y todo ello tiene un alcance político, que incluye el coraje de la curiosidad de pensar si seremos capaces de llegar a ser otros. Y se trata de eso, de prácticas que producen verdaderas transformaciones del sujeto. Transformaciones que lo son a su vez de la sociedad.

Si avanzamos en estas consideraciones, se ponen en cuestión muchas de nuestras ideas preestablecidas sobre lo político, lo público y lo común. Y quizá también encontramos en la propia palabra *economía* algo que nos ayuda a pensar en esta dirección. Como ley de la casa, nos llama al gobierno de la casa, como se gobierna un navío. Pero si ignoramos que la Economía es una ciencia social, una ciencia humana y, aunque suene redundante, vinculada a las vicisitudes, los vaivenes y las decisiones de las acciones humanas, entonces viene a ser considerada tecnocracia, que se rige y se comporta al margen de nuestras voluntades y se impone sobre ellas.

Esta economía maleducada dejaría de ser gobierno para pasar a ser dominación.

No podemos, sin embargo, hablar de esto como si no nos fuera con ello, como si resultara externo e independiente de nuestras acciones. El cuidado de uno mismo, el cultivo, la cultura que ello requiere, son determinantes incluso para garantizar y legitimar nuestra relación con los demás. Pregunta Alcibíades a Sócrates sobre cómo prepararse para la acción pública. La respuesta se centra en el cuidado de sí. «Si uno no es capaz de gobernarse a sí mismo, ¿cómo a gobernar la ciudad?».

Ahora bien, educarse no es ocuparse individualmente de lo que nos afecta e ignorar a los otros, ni olvidarse de lo común, de la comunidad, de la comunicación, es sentirse vinculado a una tarea que precisa nuestra máxima implicación, una implicación de transformación.

Y aquí también se requieren nuevas formas de participación, no sólo las que toman partido, o buscan su parte, sino las de quienes se saben que forman parte de un proyecto compartido. La educación es asimismo una tarea colectiva. Sin esta convicción, lo que denominamos gobierno resulta corto de miras. Alcibíades es llamado a procurar la justicia y la sabiduría, pero para ello, se le dice, ha de «administrar y cuidar de sí y de sus asuntos, como también de la ciudad y de las cosas de la ciudad». Y esto también es economía, pero con educación.

Acuerdos necesarios

Me gustan los acuerdos. No cualesquiera, ni de cualquier modo, ni a cualquier precio. Vivir es acordar y no siempre es fácil ponerse de acuerdo, ni siquiera con uno mismo. Y, desde luego, gobernar es preferir, es elegir, es decidir, pero es determinante no olvidar que gobernar es acordar. Pues puestos a preferir, prefiero los acuerdos.

Hay antagonismos legítimos, posiciones encontradas que merecen todo el respeto, pero no es cuestión de que se anquilosen y bloqueen como losas enfrentadas. No concibo los espacios sociales, políticos y públicos sin la creación de ámbitos de diálogo, de acuerdo y de consenso, el único camino eficiente y estable. Esto no sólo es discutible, sino que es discutido. Por tanto, incluso en este debate sobre la importancia de los acuerdos es probable que no lleguemos a coincidir.

No faltan quienes piensan que acordar implicaría renunciar a las propias convicciones, a los principios, a las ideologías, que, en definitiva, sería claudicar; prácticamente una rendición. En última instancia, les preocupa coincidir, no sólo con algunos, sino incluso con alguien. Es cierto que todo acuerdo combate

el inmovilismo y la inflexibilidad de quienes malentienden la coherencia considerándola una posición prefijada y cerrada. No es cuestión de imponer ni de dejarse imponer, pero es desafortunado pensar que el acuerdo ha de establecerse sin afectar lo más mínimo a la posición ya previamente adoptada. De ser así, nunca sería posible. Los demás han de estar de acuerdo, eso sí, conmigo.

Incluso para que haya acuerdos es necesario que existan previamente diferencias, disensiones y que se produzca un efectivo diálogo en el que confrontar las ideas y las posiciones. Sin embargo, abrirse a la posición de los otros no es ninguna claudicación, sino el camino para asentir en lo común. Todos hemos comprobado que hablan y actúan de modo radicalmente distinto quienes lo hacen con miras a un acuerdo y quienes bajo ningún concepto están dispuestos a adoptarlo. Es necesario argumentar, debatir, y considerar que no todo es irrefutable ni demostrable inequívocamente. Los acuerdos conllevan su incertidumbre, son radicalmente humanos, por tanto, discutibles y, en general, perfectibles. Pueden reescribirse, replantearse, aunque con miras a lograr nuevos y mejores acuerdos.

El acuerdo es el camino más consistente y sostenible, el que ha de basarse en una intervención participativa de quienes hacen suyo, de corazón, con suficiente convicción, lo acordado. En definitiva acordar viene de *accordare* (*cor-cordis* dice «corazón»). No ha de ser necesariamente una victoria para que sea eficiente, con perspectivas, y siempre exige generosidad.

En realidad, quiénes somos es resultado del acuerdo, como lo es la sociedad, la democracia, la convivencia y tantos y tantos conceptos y valores en los que nos desenvolvemos. Es adecuado cuestionarnos, replantearnos crítica, libre y valientemente, estos acuerdos de fondo, para consolidarlos, para fortalecerlos del modo más efectivo, que siempre es del lado de los ciudadanos y sus derechos.

El desdén por los acuerdos no sólo resta estabilidad y proyección a las acciones y a las políticas humanas, sino que provoca desmembración y desarticulación social. No comparto la posición de quienes eluden los acuerdos porque estiman que de lo que se trata es de ejercer con energía los dictámenes de su voluntad y hacer valer el carácter de su decisión. La intensidad, la coherencia y la flexibilidad son también signos de una energía no menor. Tal vez en esto no estemos de acuerdo, aunque podemos buscarlo.